

Fundación
Educativa
Comeduc



Concurso Literario Comeduc 2026

LO QUE AÚN
NO ESTÁ ESCRITO



Agradecimientos

Tatiana Arce Castillo

Directora de Educación
Fundación Educacional Comeduc



Ser parte de esta iniciativa es motivo de profundo orgullo y gratitud. Este documento no solo reúne textos, sino que refleja el compromiso, la creatividad y la voz de nuestros estudiantes y colaboradores, quienes, a través de la escritura, dan forma a sus ideas, emociones y miradas sobre el mundo.

El Concurso Literario Comeduc 2026 y su taller asociado son una expresión concreta del valor del trabajo en red: comunidades educativas que colaboran, docentes que acompañan con dedicación y equipos que creen en el poder transformador de la educación. Es en este esfuerzo compartido donde se generan espacios significativos para el desarrollo integral de nuestros estudiantes, fortaleciendo habilidades esenciales como la expresión, el pensamiento crítico y la sensibilidad artística.

Bajo el lema “Lo que aún no está escrito”, los participantes nos invitan a imaginar, a cuestionar y a proyectar nuevos horizontes. Cada texto es una oportunidad para reconocer el talento presente en nuestras comunidades y para reafirmar que la formación técnico-profesional también se nutre de la cultura, la creatividad y la reflexión.

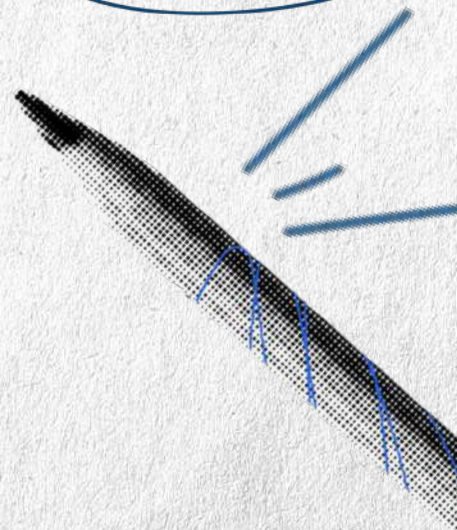
Quiero extender un especial reconocimiento y felicitaciones a quienes resultaron ganadores en esta edición, tanto estudiantes como funcionarios, por su dedicación, talento y compromiso con la escritura. Asimismo, agradezco a todos quienes hicieron posible este proceso: equipos directivos, docentes, talleristas y, por supuesto, a cada participante que se atrevió a escribir y compartir su voz.

Sigamos promoviendo espacios que inspiren, conecten y proyecten el futuro de nuestros estudiantes.



Obras Escritas

Experiencia literaria 2025



1. El árbol y el columpio

Ahí, Ana se mece bajo el árbol.
Columpio invisible.
La ciudad centellea en sus cuerdas.

Toca su cascabel.
Ana sonríe hacia su canasta.
El columpio se enrosca, el árbol se evapora.

Es hora de despegar, pequeño elefante.

Lua Morales Leal

2. Pequeño elefante

Ahí, Ana se mece bajo el
columpio invisible.
La ciudad centellea en sus cuerdas.

Ana sonríe y flota translúcida.
Su canasta repleta de fantasmas.

El columpio se enrosca,
el árbol se evapora.

Es hora de despegar.

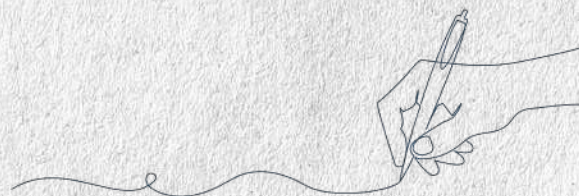
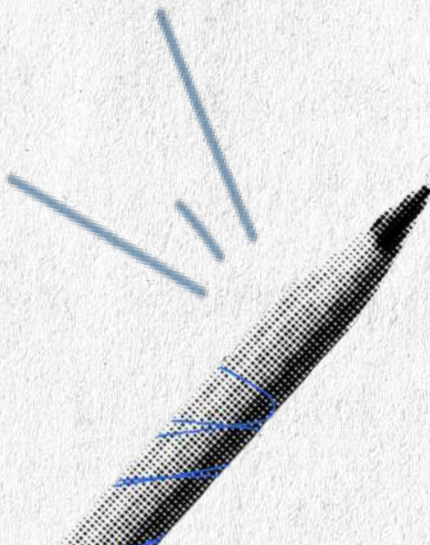
Sofía Ortega

3. Invisible

Mujer fantasma
Toca su cascabel de mercurio.
Sonríe y flota translúcida,
repleta de fantasmas.

Se enrosca, se evapora.

Marión Eschmann





4. Pequeño

Disfrazada se mece bajo el árbol.
Invisible de fantasmas, la ciudad
centellea sus cuerdas.

Toca su cascabel y flora traslúcida.
El columpio se enrosca, el árbol se evapora.

Es hora de despegar,
pequeño fantasma.

Sergio García

5. La mujer falsa

Ahí, disfrazada de mujer
Se mece bajo el árbol en su columpio.
La ciudad está en sus cuerdas.

Toca y flota translúcida
Hacia el columpio, el árbol se evapora.

Es hora de despegar.

Eduardo Ponce

6. Pequeño elefante

Ahí, disfrazada de mujer maravillosa.
Ana se mece bajo el árbol en el columpio
Invisible de la niña fantasma.
La ciudad está en sus cuerdas.

Toca su cascabel de mercurio.
Ana sonrío y flota hacia su canasta repleta de fantasmas.
El columpio se enrosca, el árbol se evapora.

Es hora de despegar,
pequeño elefante.

Luis Lavalle Leyton





7. Pequeño elefante

Ahí, disfrazada de niña-fantasma: en sus cuerdas.

Toca su cascabel.
Sonríe y flota translúcida repleta de fantasmas.
Se enrosca y evapora.

Es hora de despegar.

Laura Castro

8. Niña fantasma

Ahí, disfrazada.
Se mece bajo el árbol morado.
Invisible niña-fantasma: centellea en sus cuerdas.

Toca su cascabel y flota translúcida.
Su canasta repleta de fantasmas.
El columpio se enrosca, se evapora.

Es hora de despegar, pequeño.

Gadiel Romero

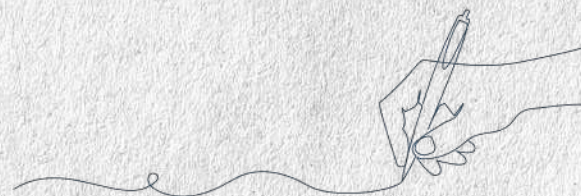
9. Marta

Marta se mece invisible.
Centellea su cascabel y flota su canasta.

El columpio,
El árbol.

Despega, peque.

Sofía Cabezas



10. Elefante

Ahí, disfrazada de maravilla,
Bajo el árbol morado.
La ciudad.

Toca su cascabel.
Sonríe y flota hacia su árbol.

Es hora de despegar.

Ariel Villanueva

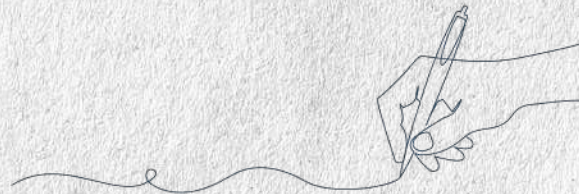
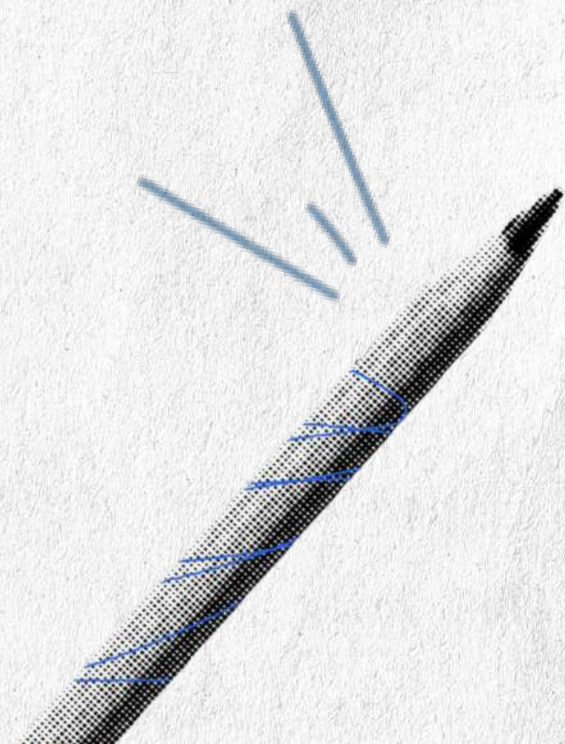
11. Fragmento pequeño elefante

Ahí, maravilla, se mece bajo el columpio
En sus cuerdas.

Mercurio flota, repleta de fantasmas
Y se evapora.

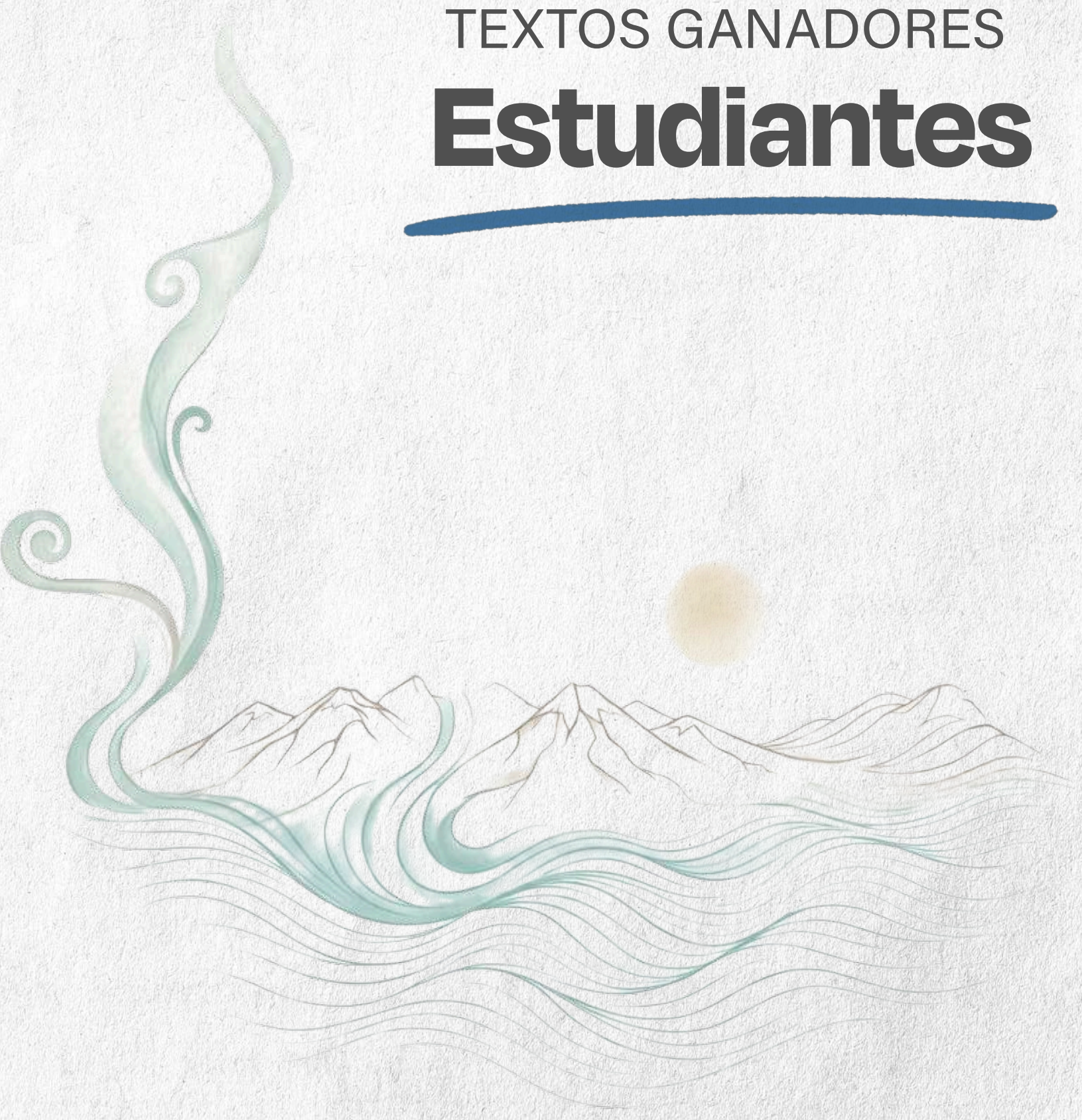
Pequeño elefante.

Anónimo.



TEXTOS GANADORES

Estudiantes



Las cartas que nunca se enviaron

Antonella Palma – 2ºD

En el cajón de la mesita de noche de Antonella había una caja de metal oxidado con veintisiete cartas. No las había escrito ella. Las había encontrado dentro de las paredes de su pieza cuando su mamá decidió hacer una remodelación un verano que llegó demasiado pronto.

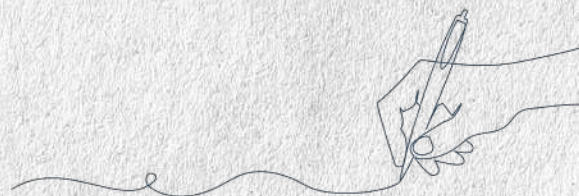
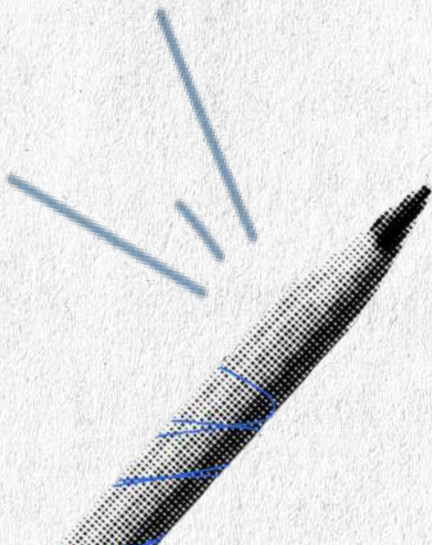
Las cartas estaban atadas con un trozo de cordel rojo, en un orden que nadie había perturbado en décadas. La letra era pequeña y urgente, como si quien escribía temiera quedarse sin tiempo. Todas comenzaban igual: "Si alguna vez lees esto, ya soy otra." Antonella las leyó todas en una sola noche, con una linterna debajo de las sábanas. Eran de una chica llamada Sofía que había vivido en esa pieza en los años ochenta. Sofía le escribía a su versión futura: le contaba sus miedos, sus amores improbables, una pelea con su madre que todavía le dolía al escribirla, el sueño de estudiar Astronomía en una ciudad que quedaba muy lejos.

Lo que más perturbó a Antonella no fue el contenido. Fue reconocerse. No en los detalles —ella no quería estudiar Astronomía ni tenía peleas sin resolver— sino en la textura del miedo. En esa forma particular de preguntarse si lo que uno siente es demasiado grande para el cuerpo que lo contiene.

Durante una semana entera, Antonella cargó las cartas en su mochila. Las sacaba en el recreo, en el bus, en los momentos en que el mundo se ponía demasiado ruidoso. Sofía la acompañaba sin saberlo, desde ese pasado que había quedado guardado dentro de las paredes.

El viernes de esa semana, Antonella abrió su cuaderno y empezó a escribir. No a Sofía, ni a su yo futuro. Le escribió a la Sofía que nunca supo que alguien la leería: "Alguien te leyó. Alguien te entendió. El sueño de la Astronomía, no sé. Pero el miedo que describes en la carta doce, ese todavía existe. Y está bien que exista."

Dobló la carta, la metió en un sobre sin dirección y la guardó dentro de la caja de metal. Luego la puso de vuelta en el cajón. Pensó que si algún día alguien volvía a abrir las paredes, encontraría veintiocho cartas. Y quizás se reconocería también.





LA CLAVE

Zamira D'Angelo

Aquella clave
que nos cuente algo,
de dónde viene,
ese algo que nadie sabrá...


Esa clave
que no se explica,
que vive escondida
como un susurro
en lo que aún no está escrito.


Por un lado,
ser lo que todavía no soy;
por otro,
perseguir eso que me llama
y no sé nombrar.
Porque hay algo
que insiste en mí
que late fuerte
que quiere conectar conmigo.

Niños saltan,
canciones cantan,
los juguetes giran en sus manos,
y entre risas
me llaman:
"tía".

Ellos viven en su mundo
ligero, simple...
Yo, en cambio,
miro más allá.

Enfocada
en lo que aún no existe,
en sueños que pesan,
en metas que esperan.
Soy un cúmulo de intentos,
de ganas,
de caminos que aún no recorro
pero que ya siento míos.





Y como un susurro
la clave aparece
la encuentro en mí...
aunque a veces
no sepa cómo alcanzarla.

Camino por mi liceo,
como quien recorre a través de un mapa
con pensamientos
que no cesan.

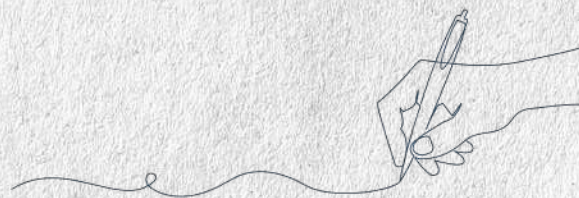
Las salas,
los pasillos
los delantales rosados,
las voces de siempre...

Todo parece igual
pero en mí
todo está cambiando

En mi liceo
aprendo sin darme cuenta
aprendo en los errores
en los nervios
en los fracasos
y vuelvo a comenzar.

Porque la clave
estaba aquí,
en cada paso,
en cada duda,
en cada vez que quise rendirme
y no lo hice.

Estaba en mi liceo,
enseñándome sin juzgarme
que el futuro no se espera:
se construye.



Y ahora lo entiendo;
aunque no lo diga siempre
no estoy sola.

Hay manos invisibles
sosteniéndome en silencio,
acompañándome incluso
cuando me siento distinta.

No necesito tener todo resuelto
porque mientras aprendo,
mientras me atrevo,
mientras sigo
ya estoy escribiendo,
aunque no me dé cuenta,
lo que aún no está escrito.



EL BORRADOR DE UN MAÑANA

ITSI

El futuro no llegó con instrucciones,
ni con mapas dibujados en limpio.
Apenas es un borrador de un mañana,
temblando en mis manos.

Dejé un colegio humanista
y elegí un liceo técnico,
pensando en los días que vendrán
en la especialidad de párvulo,
y en esos sueños que todavía no sé cómo nombrar.

No fue fácil cambiar de camino,
ni soltar lo que ya conocía,
dudé si lograría encajar
si sería capaz de estar a la altura,
pero en cada error y en cada intento
entendí que aprender también es adaptarse,
y que poco a poco encontré mi lugar.

En la sala aprendí más que respuestas:
aprendí a sostener la duda,
a mirar un error sin soltarlo
hasta entender por qué duele.

Comprendí que cada error
no es caída, sino semilla,
un inicio que florece
cuando el alma lo asimila.

Que la educación no es solo letras,
ni fórmulas por memorizar,
es un puente hacia el mundo
que te enseña a mirar.



Mirar distinto, más profundo,
a crecer, a comprender,
porque en cada paso aprendido
hay una forma de renacer.

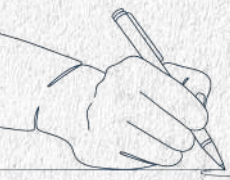
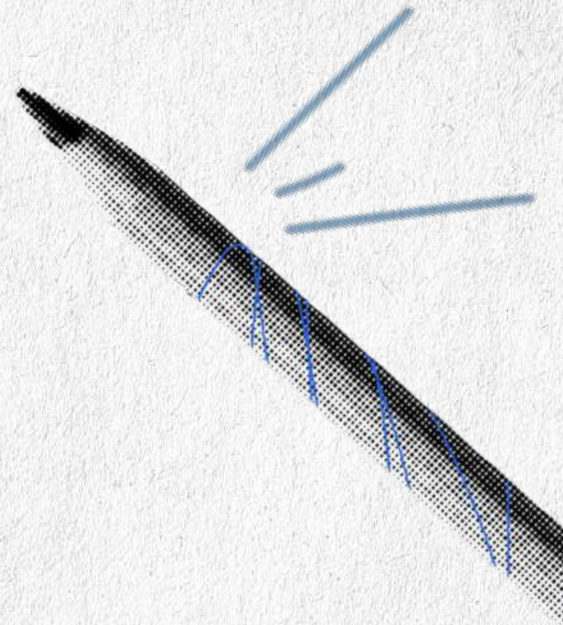
Hay días en que todo parece incierto,
en que me pregunto si elegí bien
pero incluso ahí,
algo dentro de mí insiste.

Tal vez es todo lo que quiero lograr,
o las veces que imaginé un mañana
haciendo algo
que llene mi borrador de realidad y verdad.

No soy un resultado,
soy intento, soy ensayo, soy parte de un proceso.
Soy las veces que no supe ser
y aun así seguí.

La educación no me dio un destino,
me entregó herramientas:
una forma de mirar el mundo
y no quedarme quieta frente a él.

Porque lo que aún no está escrito
no es vacío,
es un infinito de posibilidades,
que despiertan todo mi ser.
Y aunque hoy no tenga certezas,
y aunque el miedo a veces pese
soy yo quien toma ese lápiz
y decide escribir su propio mañana



DIARIO DE UN CUERPO QUE YA NO ME PERTENECE

GÉNESIS SOTO 3ºA

1 de enero de 2035:

Cuando era niña, mi mamá me peinaba antes de ir al colegio. Siempre tiraba muy fuerte y yo me quejaba.

El dolor significa que estás viva decía.

Hoy no siento nada.

Dijeron que después de la vacuna ya no existiría el dolor. La llamaban “la vacuna LM15”.

Costó cinco millones de pesos.

Mis papás dijeron que valía la pena.

9 de enero de 2035

No duele.

Ni el pecho. Ni el cansancio.

Papá me abrazó hoy. Hace tiempo no lo hacía.

Mamá lloró, pero sonreía.

Creo que está funcionando.

21 de enero de 2035

Sueño cosas raras.

No son recuerdos míos.

Escucho voces. No me hablan directamente, solo están ahí.

En la televisión hablan de guerra, algo sobre Taiwán. Todo parece empeorar.

No importa.

Yo estoy mejor.

3 de febrero de 2035

No dormí anoche.

No lo necesito.

Me miro al espejo y me veo bien... creo.

Mamá me observa por mucho rato.

Demasiado.

17 de febrero de 2035

Hoy olvidé cómo escribir mi nombre.

Fue solo un segundo.

Me reí.

Después ya no fue gracioso.

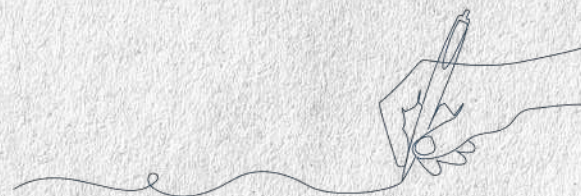
Mi piel se siente extraña a veces.

Pero no duele.

2 de marzo de 2035

Papá gritó hoy. Nunca grita.

Mamá dijo que esto no es normal.



DIARIO DE UN CUERPO QUE YA NO ME PERTENECE

GÉNESIS SOTO 3ª

Papá respondió que tiene que funcionar.
Que debe hacerlo.

28 de febrero de 2035

No recordaba la palabra "ventana".

La escribo para no olvidarla.

Ventana.

Ventana.

15 de marzo de 2035

Mis manos se ven raras.

Como si no fueran completamente mías.

No siento nada.

Creo que eso es malo.

31 de abril de 2035

Esto no es una cura.

Es otra cosa.

Nosotros somos otra cosa.

10 de abril de 2035

Filtro.

Eso es.

Un filtro.

18 de mayo de 2035

Mamá llora.

Papá casi no entra a mi pieza.

Creo que ya saben.

Yo también.

25 de julio de 2035

Escribir cuesta.

Olvido palabras.

No dolor.

No yo.

24 de julio de 2035

Si alguien lee esto... no crean.

No vacuna.

No milagros caros.

Esto no se había escrito antes.

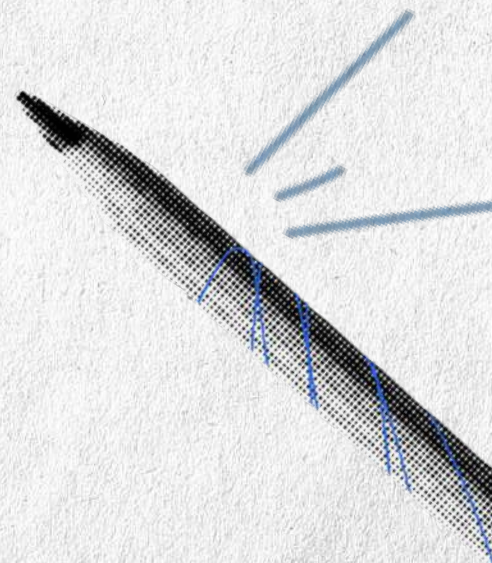
Lo escribo ahora.

Yo...

Gladyz Cifuentes.

Así se llamaba mi niña, 25 años tenía.

Falleció un 24 de Julio.



DEL GOLPE AL OFICIO

A.A.

En primero y segundo medio del liceo Juan Terrier, mi nombre resonaba más por las peleas que por mis notas. Tenía los puños rápidos, pero la mente distraída. Al final de segundo, la repitencia me cayó encima como un ladrillo frío en el pecho.

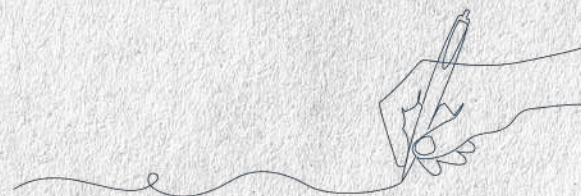
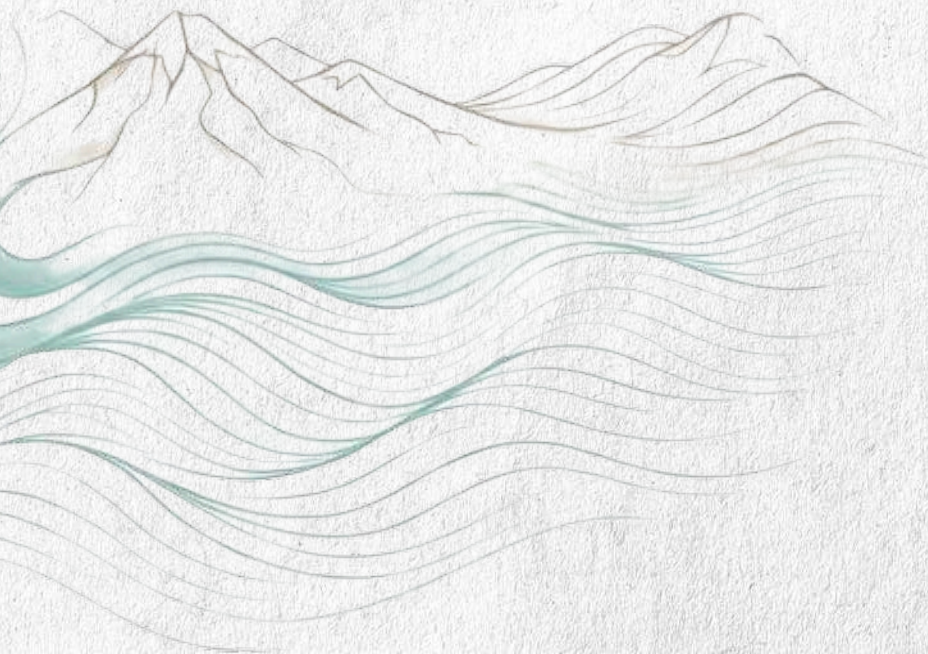
Ese año fue un umbral entre la tempestad y el sol. Aprendí que la verdadera fuerza no se mide en los golpes, sino en la capacidad de levantarse cuando uno mismo ha caído por culpa de sus propias decisiones.

Desde entonces, el liceo me entregó tanto dolor como felicidad. Allí encontré amistades que se fueron forjando poco a poco, como el acero en el fuego; profesores que no me dejaron caer cuando ya estaba al borde, y también la oportunidad de descubrir una vocación en la que realmente soy bueno.

Hoy, en cuarto medio, ya no soy el mismo. Ahora entiendo los aspectos técnicos de mi especialidad, sé calcular cargas, hacer planos y ensamblar estructuras de madera y hormigón. Lo que antes parecía imposible, hoy forma parte de mis capacidades y de mi futuro.

Miro hacia atrás y entiendo que no todo lo vivido fue una pérdida. Incluso mis errores me trajeron hasta aquí. Porque a veces hay que derrumbarse para aprender a construir de verdad.

Y eso es lo que estoy haciendo ahora: construyéndome a mí mismo.



TEXTOS GANADORES

Colaboradores



MÁS QUE CONOCIMIENTO

El futuro está aquí
Me siento desactualizada.
La docencia ya no es lo mismo.
Mis canas reflejan el olvido del papel,
y mis arrugas guardan los recuerdos de la tiza y el plumón.
Camino por la calle y escucho:
“Profesora, soy Amanda... ¿se acuerda de mí?”
Mis ojos cansados la reconocen con alegría.
Se desplaza en algo similar a un scooter.
¿Pero qué es eso? ¿Acaso esa cosa vuela? ¿Lleva un casco holográfico?
Ya nada me impresiona; solo siento que me quedé sentada en el pasado.
Le respondo:
“Amanda, obvio que te recuerdo”.
¿Cómo olvidaría tu sonrisa cada vez que obtenías una buena calificación?
O cuando te acercabas a abrazarme porque extrañabas a tu papá.
Me mira con nostalgia y recibo un suave abrazo.
Mientras siento su cariño, pienso que educar en estos tiempos es muy distinto.

La inteligencia artificial sabe todo; yo solo soy una vieja educadora.
Internet ahora vive dentro de nosotros, como un pequeño universo de datos instalado
en nuestra mente.
¿Dónde quedó el papelógrafo escrito con plumón y recortes de revistas?
Me pregunto si los formatos 3D con ultra definición serán tan efectivos.
A veces siento que el aula ya no me necesita.
Mi ayudante, Darwina, contesta todas las preguntas y escribe maravillosamente en las
pizarras digitales.
Suspiro y siento que quizás ya es momento de retirarme de la docencia.
Pero mi corazón susurra que aún tiene fuerzas para seguir.
¿Seguir? ¿Seguir haciendo qué?
¿Seré necesaria aún?
Mis pensamientos van a mil, pero mis piernas son lentas.
Sonrío con una mezcla de nostalgia y cansancio.
Amanda me pregunta:
“¿Profesora, está bien?”
Le respondo:
“El futuro es el presente. El conocimiento está al alcance de todos.
Verte me recuerda que los años pasan y siento que me quedo atrás.





¿Qué puede ser una vieja profesora frente a las máquinas?”

Amanda sonríe y responde:

“Yo recuerdo algunas de sus clases, pero no el conocimiento en sí, sino lo que usted me hizo sentir. Como aquella vez que recolectamos insectos y usted nos perseguía con ellos. O cuando hicimos una célula de fruta... y después nos la comimos”.

Con cada palabra de Amanda y el brillo de sus ojos al recordar, comprendí que mis años no fueron en vano.

Es cierto, la tecnología ayuda a la educación, pero las emociones no pueden ser reemplazadas.

Mis 35 años en el aula no han sido en vano.

Soy más que inteligencia artificial: soy empatía, cariño, adaptación, creatividad, disciplina, perseverancia y también fragilidad.

Hoy no fue un encuentro cualquiera.

Fue un recordatorio de que nada puede reemplazar a un docente.

Mis canas son el oro blanco que guarda los recuerdos de mis estudiantes.

Mis manos débiles reflejan las tantas calificaciones registradas.

Y mis ojos cansados han sido testigos de generaciones de jóvenes que parten del colegio llenos de sueños.

Hoy me sentí vieja.

Me sentí desactualizada.

Pero también profundamente valorada.

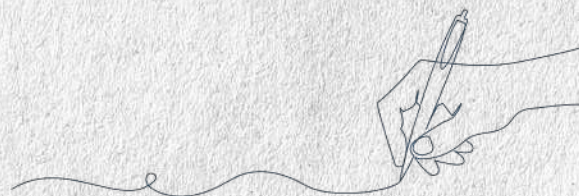
Un futuro no escrito, un presente claro, una estudiante, un recuerdo y un gran regalo: ser docente.

CHIPY006

BITACORA

Esta historia nace de una reflexión personal sobre mi experiencia como docente hace 18 años y sobre los cambios que ha vivido la educación desde entonces. De niña me ha gustado escribir, soy muy sensible. Mi profesión se basa en las ciencias naturales, por lo que no poseo una formación literaria ni entiendo de técnicas de escritura, todo sale de mis emociones. De hecho la escritura ha sido una aliada al momento de enfrentar una depresión, pudiendo plasmar mi sentir y entender el conflicto interno que embargaba mi ser.

Soy profesora por vocación y durante este tiempo he sido testigo de cómo la tecnología ha transformado profundamente las formas de enseñar y aprender. Cuando era estudiante se usaba la tiza y el papelógrafo. Los cuadernos era parte fundamental de la sala de clases, actualmente muchos usan Tablet. Hoy en día, la presencia de pizarras digitales, recursos multimedia e incluso herramientas de inteligencia artificial han cambiado el panorama educativo.



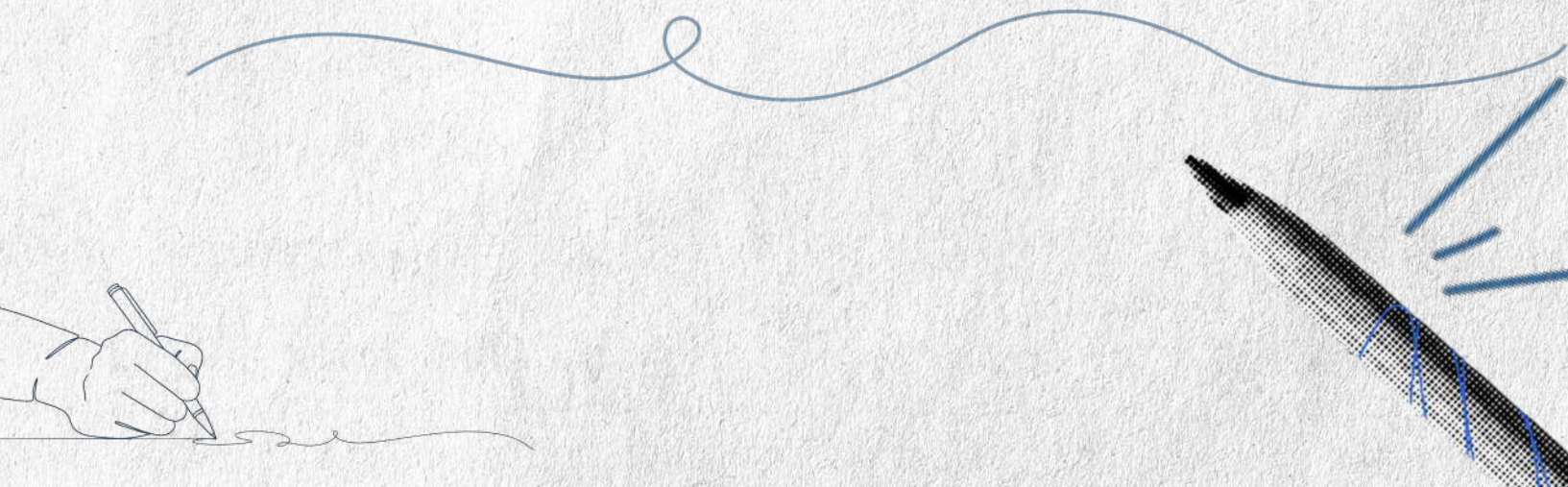
A partir de esa experiencia surgió la idea de imaginar cómo podría sentirse una profesora dentro de veinte años más, en un contexto donde la tecnología tuviera gran presencia en lo pedagógico. Me pregunté si los profesores seguirían siendo necesarios o si las máquinas podrían reemplazar parte de nuestro rol. Esa inquietud fue el punto de partida para la creación del relato.

El proceso de escritura tuvo varias etapas. En un comienzo intenté escribir un cuento narrativo más tradicional, pero no me convenció el resultado y decidí borrarlo. Luego probé escribir un poema, pensando que quizás la emoción del tema podría expresarse mejor de esa forma, pero tampoco logré sentir que representara bien la idea que tenía en mente. Finalmente, decidí escribir un texto híbrido entre cuento y poesía, un relato con un lenguaje más reflexivo y emocional, que permitiera transmitir los pensamientos y sentimientos de la profesora del futuro.

La elección del nombre de la estudiante también tiene un significado personal. El personaje de Amanda está inspirado en mi hija, quien lleva ese nombre. Ella es una niña muy entusiasta con el colegio, disfruta aprender y con frecuencia me cuenta lo feliz que se siente en su escuela. Pensar en ella me ayudó a construir el personaje de la exalumna que aparece en el relato, ya que representa la mirada de los estudiantes y el impacto emocional que los docentes pueden tener en sus vidas.

A través de este relato quise reflexionar sobre el valor humano de la educación. Si bien la tecnología seguirá avanzando y ofreciendo nuevas herramientas para el aprendizaje, considero que la relación entre docentes y estudiantes, las emociones compartidas y las experiencias vividas en el aula siguen siendo elementos fundamentales que difícilmente podrán ser reemplazados.

El proceso de escritura de este texto fue también una oportunidad para pensar en el futuro de la educación y en aquello que aún no está escrito. Desde mi experiencia docente, creo que el verdadero desafío no es competir con la tecnología, sino seguir construyendo espacios de aprendizaje donde el conocimiento se combine con la empatía, la creatividad y el vínculo humano.



Lo que aún no se pronuncia

La palabra es irreversible,
dice Roland Barthes,
y algo en esa certeza
pesa como una puerta cerrada.

Lo dicho
no vuelve a su origen,
no se recoge como agua derramada,
no se borra:
se acumula,
se espesa,
se queda.

Pero hay otra lengua,
una que no irrumpe,
que no se impone,
que apenas roza.

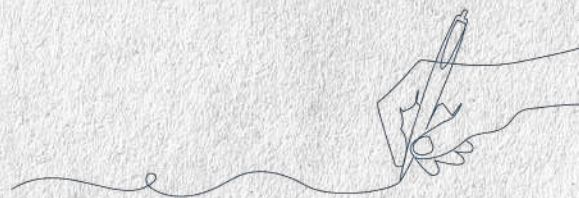
La lengua de los susurros.
Ahí donde la voz no conquista,
sino que tiembla.

Donde el sentido no grita,
sino que se insinúa.

Lo que no dije
no desapareció:
se quedó suspendido
como polvo en la luz,
como promesa
que aún no encuentra forma.

Porque hablar
es fijar el mundo,
pero escribir
es abrirlo.

En la escritura
lo no dicho respira,
los murmullos se ordenan
sin perder su temblor,
y el silencio
deja de ser ausencia
para volverse posibilidad.



Lo que aún no se pronuncia

Tal vez el futuro
no está en lo que afirmamos
impostando la voz,
sino en aquello que apenas
nos atrevemos a tocar.

En esa zona leve
donde el lenguaje aún no decide
si ser sonido
o quedarse latido.

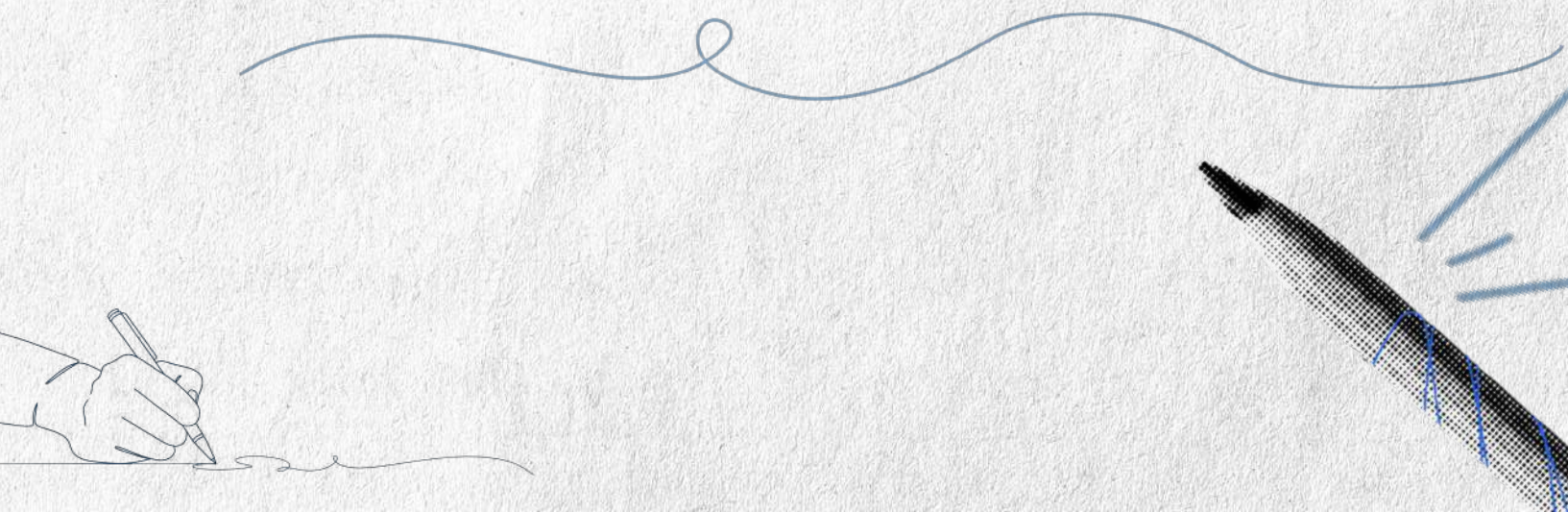
Ahí,
en ese borde,
vive lo que aún no está escrito.

Y lo escrito espera.

Es posibilidad.

De cambiar,
de transformar,
de escribir nuevas historias,
de imaginar mundos posibles,
de ensayar otras realidades,
de construir, por fin,
lo que todavía no existe.

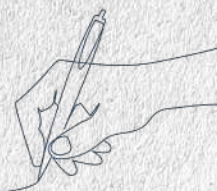
UN CORAZÓN QUE LATE



LA CONEXIÓN SECRETA

F.F

Todos los liceos de Santiago están conectados por pasos subterráneos que solo conocen algunos estudiantes, de los cuales solo unos pocos se atreven a recorrerlos. Dicen que en ellos se encuentran objetos perdidos de todo tipo, que se han visto cuadernos de 1985 firmados por estudiantes sin nombre y libros, bibliotecas completas olvidadas, bajo el suelo, esperando que alguien vuelva a interesarse en sus páginas. En algunos centros estudiantiles se cree que algún día estos pasos subterráneos serán habilitados y miles de estudiantes los cruzarán, viajando de liceo en liceo, conociendo a compañeros de otras instituciones y a otros profesores, de quienes aprenderán, nuevos modos de ver el futuro.



El sopor del recreo

VAJAI

Era recreo y, en la sala de profesores, la ampolleta parpadeaba de forma intermitente. Solo había tres docentes: Alba, Sergio y Luz.

Alba sonreía siempre. Era una Inteligencia Artificial en cuerpo humano, diseñada para acompañar, contener y agradecer. Por eso era complaciente: todo lo validaba.

—Esto no es negativo —dijo repentinamente, sin que nadie le preguntara.

Sergio permanecía junto a la ventana. Era reptiliano y había sido entrenado para camuflarse, para enseñar e intervenir sin ser detectado; pero había algo en él que no encajaba. En su interior convivían dos impulsos: uno que creía en el conocimiento como transformación y otro que buscaba dirigir, encauzar y limitar.

Luz estaba sentada en una silla metálica. Apagada, porque durante los recreos su sistema operativo entraba en suspensión. No pensaba ni sentía. Esa era, en parte, la razón por la que había elegido ser robot.

Afuera, los estudiantes ocupaban el patio con una energía única: hablaban, reían y corrían, como si fueran parte de un universo paralelo.

El tiempo del recreo se agotaba. Entonces sonó el timbre. Luz se encendió y, levantándose mecánicamente, dijo: —Clase. Alba adquirió una postura diligente, mientras Sergio giró lentamente hacia la puerta.

El aula los esperaba.

El profesor despertó de golpe.

La sala de profesores estaba llena de voces. La ampolleta no tenía intermitencias.

Alguien comentaba una prueba; otro reclamaba por el frío. Una risa estallaba cerca de la puerta, mientras una cuchara golpeaba suavemente una taza. Desde el pasillo entraba el bullicio del recreo.

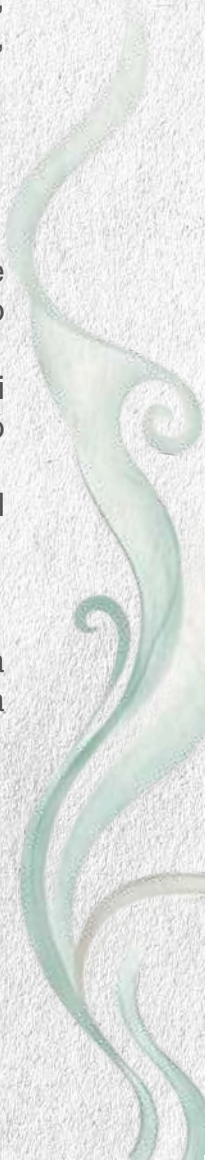
El profesor se incorporó en la silla, con una sensación extraña en el cuerpo, como si algo no terminara de acomodarse. Miró la hora: aún quedaban unos minutos. Se pasó la mano por la cara.

Durante un segundo, no supo si lo que había visto era solo un sueño o algo más difícil de nombrar. Pensó en Alba, en Sergio y en Luz.

Luego miró hacia el patio: los estudiantes seguían ahí, riendo y moviéndose.

El timbre aún no sonaba.

Tomó su cuaderno y se levantó, pero esta vez había algo distinto. Caminó hacia la sala de clases, sin apuro, con la sensación de que, desde ese preciso momento, él podía cambiar algo importante.



CUANDO LA POESÍA REGRESA

NERUDIANA

Durante años creí que las palabras servían para obedecer.

Leía para cumplir, para responder pruebas, para alcanzar una nota impecable. Los libros eran objetos severos, sometidos al deber, y yo los atravesaba con la prisa de quien solo quiere salir bien evaluada. Entonces no sabía que una palabra podía abrir una herida o salvar del silencio una vida.

Hasta que llegó la poesía a buscarme de la mano de El cartero de Neruda.

Desde entonces, el lenguaje dejó de ser una pared y se volvió un umbral. Comprendí que el mar no era solamente el mar, que podía entrar en una persona, estremecer lo más hondo, dejar espuma incluso en aquello que parecía condenado a la sequía. Supe que las metáforas no eran adornos, sino lámparas. Y desde ese día quise vivir cerca de esa luz.

Por eso me hice profesora.

No para enumerar autores ni repetir contenidos como quien cumple un rito, sino para acercar a otros esa llama pequeña que una vez me encontró. Durante años trabajé con la esperanza de que alguno de mis estudiantes sintiera, frente a un libro, el mismo estremecimiento que había cambiado mi vida.

Una mañana de octubre, para el Día del Profesor, una estudiante se acercó a mi mesa con un paquete en papel gastado. Lo sostenía con ambas manos, como si llevara algo frágil, antiguo, casi sagrado.

—Es para usted —me dijo.

Adentro había un libro humilde, envejecido por el tiempo y las páginas amarillentas: Décimas, de Violeta Parra.

—No tenía dinero para comprarle algo nuevo —me explicó—, pero este era el tesoro más bonito de mi casa. Era de mi abuela. Quiero que lo tenga usted.

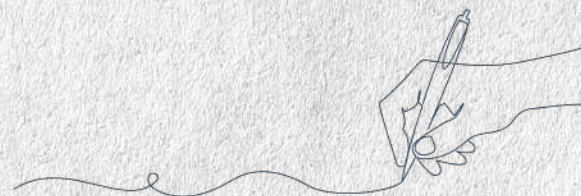
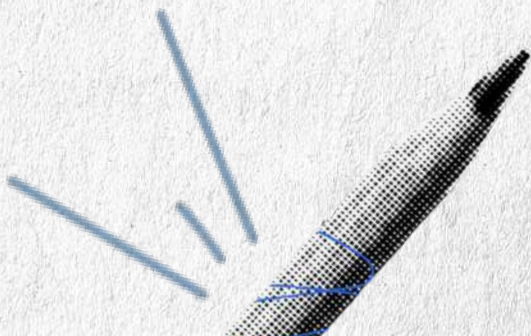
Sentí que algo dentro de mí se quebraba y se encendía al mismo tiempo.

Tomé el libro con un cuidado reverente. No era solo un regalo: era una herencia. En esas páginas no venía únicamente la voz de Violeta; venían también la memoria de una abuela, la ternura de una muchacha y la prueba silenciosa de que las palabras sí habían logrado cruzar de una vida a otra.

Entonces comprendí que la poesía no había venido a buscarme solo para salvarme a mí.

Había venido a enseñarme un oficio.

Uno más hondo que revisar tareas, corregir pruebas o explicar literatura. Mi oficio era cuidar el fuego. Soplar con paciencia sobre la ceniza. Ayudar a otros a descubrir que incluso en una vida herida puede nacer un canto.



CUANDO LA POESÍA REGRESA

NERUDIANA

Aquel día volví a casa con el libro apretado contra el pecho. Mientras caminaba, sentí que la muchacha que alguna vez fui —esa que leía por obligación, esa que todavía no sabía nombrar su alma— caminaba también conmigo.

Fue entonces cuando entendí que el futuro no siempre llega con estruendo.

A veces llega en silencio, entre manos jóvenes, bajo la forma de un libro gastado.

Y una comprende, por fin, que lo que aún no está escrito también comienza allí: cuando la poesía, después de habernos salvado, vuelve a nosotras en las manos de alguien más.



**Fundación
Educativa
Comeduc**

